

ADIOS AMOR

Jorge Luis Dilas villarreal



Capítulo 1

El camino a la ribera florecía, el collado ondulado verdecía como el prado y la pradera disfrutaba la primavera.

Adolfo se desnudaba en la orilla, para atravesar el río que le impedía como siempre estar con su amada. Siempre llevaba una bolsa en la mano, donde encaletaba sus prendas y con fuerza lanzaba hacia el otro lado. Este era su afán, todos días, desde que se enamoró de Leonor.

Leonor, una chica de semblante pálido y buena figura, apenas tenía catorce años; de buena familia, conocidos por contar con el fundo más grande de la región. En cambio, Adolfo pertenecía a una paupérrima familia. Solo contaban con un burro flaco, tres ovejas y un reducido terreno donde cabía su pequeña casa y una hamaca de siesta. Adolfo era dueño de un caballo bayo que alimenta por los caminos y a veces robando alfalfa de sus vecinos

Se conocieron una tarde que lloviznaba. Adolfo regresaba de la fiesta del pueblo montado en su caballo, cantando coplas y silbando; venía repasando lo aprendido. Al otro lado del río una chica pedía auxilio a gran voz. Adolfo sin saber que sucedía apresuró a ayudarla. Al acercarse se dio cuenta que un pequeño perro blanco como la nieve luchaba contra la corriente. Se lanzó al cauce furioso del río y con mucho esfuerzo logró salvar al cachorro animal. La lluvia se acrecentó de gran manera. Corrieron hacia una choza que distaba unos cincuenta metros. "gracias, muchas gracias joven" dijo la muchacha al cubrir a su perro dentro de la paja que allí había. "no, de nada, es deber de un caballero" dijo con voz ronca y nerviosa. Por un momento en silencio se dignaron a observar la tormenta cada vez más potente. Adolfo comenzó a temblar de frío, la hipotermia hacía crujir sus dientes. La muchacha hizo fogata con una rama seca y rajas de leña que para suerte en la choza había. Los dos tan cerca abrigándose con la llama infundieron por vez primera el choque de sus miradas. Las pupilas de Leonor centellaban un verde amanecer, frente a las pupilas marrones de Adolfo comenzó la chispa del amor a arder.

Desde ese día Adolfo vagaba por las inmediaciones con el único fin de encontrarse con su amada. Pasaban tiempos juntos todas las tardes al anuncio del crepúsculo. Adolfo se inspiraba todas las noches componiendo poemas y canciones, era su afán de estar enamorado.

Mas esta vez, encontró a Leonor triste y sus pupilas verdes dilatadas decían que algo va mal.

_ ¿Amor que pasa porque estas triste?_ dijo Adolfo, abrazándola contra su pecho. Ella no hizo más que llorar. Después de un rato de sollozos, por fin

contestó.

_ Me voy Adolfo, me voy lejos de aquí.

_ ¡Pero qué dices amor!

_ Papá y mamá vendieron el fundo y compraron una casa de campo en Argentina y nos marcharemos a vivir allá.

Adolfo sentado bajo el sauce que tenía sus nombres grabados en un corazón, se calló por un momento, dejando que la tristeza cuaje en su alma. Las lágrimas comenzaron a nublar sus pupilas.

_ ¡Dime que no es cierto, dime que no es cierto!_ le dijo abrazándola.

Leonor lloraba bañando su pecho desnudo de Adolfo, lloraba con sollozos tan fuertes, como si sería su último día de vida, o tal vez peor.

_ Es cierto amor, mañana al alborar el día dejaremos este valle.

Hicieron el amor como señal de despedida bajo el sauce coposo y el cielo entristecido. Jadeaban y gemían, mientras se susurraban que nunca se olvidarán. Lo hicieron tres veces seguidas, después de no poder más, cansados, se tendieron en la grama contemplando el cielo infinito, sin articular palabra alguna.

El día comenzó a decaer y la noche se aproximaba. Bandadas de pájaros atravesaban en una sola dirección buscando árboles donde dormir.

_ Dime que volverás_ dijo Adolfo rompiendo el silencio.

_ No lo haré amor

El silencio se pronunció otra vez. Leonor dejó de llorar, ambos miraban el cielo que poco a poco perdía su color cerúleo y se remplazaba por un negro azulino. Las estrellas invadían una a una el infinito universo.

La noche en su totalidad cubría con su manto negro toda la atmósfera. Leonor besaba con sollozos nuevamente los labios de Adolfo "nunca te olvidaré, nunca, nunca". Adolfo sin pronunciar palabra alguna la hizo suya nuevamente.

Hicieron un pacto de amor eterno. Amarraron su ropa interior en una sola prenda y colgaron en la copa del sauce, bien asegurado como señal de su infinito amor, y que nunca violaran esa unión.

Esa noche Adolfo no durmió, la pasó en vela tendido en su hamaca, evocando todo lo vivido en esos seis meses de amor intenso, quería llorar,

moría por dentro, pero él nunca supo que es una lágrima. Desde niño sufría mucho, pero no podía llorar. Su personalidad era esa.

Comenzaban a cantar los gallos, el albor del nuevo día despejaba los pinos y sauces que cubrían el horizonte.

_ ¿Porque abandonaste tan temprano tu cama hoy? _ dijo su madre.

_Tengo que hacer mamá. Me puedes dejar solo por favor.

En su cuarto, se dignó acostarse sobre su cama con las manos cruzadas sobre su nuca, se concentró a sufrir en silencio. Hizo un breve repaso mental de toda su vida pasada, no encontró más que penurias y vida agitada. A su temprana edad los maltratos que recibía de su padrastro fueron formando en él, un ser totalmente huraño, de pocos amigos y con miedo a comunicarse con los demás. Sus compañeros en la escuela le pegaban, le insultaban, lo que ocasionó un miedo terrible a los niños de su edad, y sobre todo el no querer ir a la escuela nunca más. En el amor tampoco de fue nada bien, se enamoró muchas veces, pero nunca fue capaz de expresar su amor, simplemente tenía miedo. Fue con Leonor la única chica que conoció la felicidad, un amor puro, sincero, intenso y sobre todo correspondido. Esa luz de vida llegó a sus veinte años, cuando la mayoría de jóvenes a esa edad ya han pasado muchos idilios, muchos duelos de amor. Y ahora que el destino lo aleja nuevamente...

Salió de su cuarto, monto en su caballo y sin decir nada a su madre que estaba leyendo una revista se desapareció por el sendero. Al darse cuenta su madre solo dijo para sí.

_A dónde irá este muchacho.

Se aventuró a galope por el camino que va al pueblo. Camino adornado por pinos y sauces, eucaliptos de gran altura y cubierto por un valle de atmósfera primaveral. En el pueblo visitó a Moisés, su gran amigo, amante de los caballos.

_Hola Adolfo, ¿qué te trae tan de prisa por aquí?

Moisés estaba peinando a su caballo negro, de buen porte y ganador de muchas carreras.

_quiero que me hagas un favor.

_si está a mi alcance con mucho gusto mi buen amigo.

Respiró muy hondo, y besando a su caballo dejó notar en la dilatación de

sus pupilas la tristeza que le consumía. Por fin dijo.

me voy lejos amigo y talvez para no volver... quiero que cuides de Potrillo la melancolía no le dejó hablar más, sentía un nudo en la garganta y por primera vez una lagrima resbalaba por su mejilla.

_ ¿pero a dónde vas amigo? no hay lugar que impida el regreso a los que realmente aman su tierra.

_No preguntes amigo, solo dime que sí.

Finalmente aceptó. Besó a potrillo y lo abrazó por un buen rato llorando como nunca. Recién sabía que es derramar lágrimas y como acto de reciprocidad el caballo también dejó notar su sentimiento en una lágrima.

Regresó a casa caminando, contemplando lo hermoso de su tierra. Recogiendo a cada paso cada experiencia vivida, iba dejando una lágrima en cada metro del camino, suspirando y sollozando. El camino lo demoró treinta minutos.

_ ¿dónde está el caballo?_ le preguntó su padrastro.

_no es tuyo, pero si quieres saber, lo vendí.

Entró a su cuarto, cogió una hoja y un lapicero. Se dirigió al cajón donde se encontraba la pistola, lo metió dentro de su pantalón y salió. Besó a su madre en la frente y a su padre le dio un abrazo y sin decir nada se perdió por el camino que va al rio.

_Que tendrá este muchacho, esta raro.

_No lo sé, pero tengo un mal presentimiento.

Cruzó el rio esta vez sin desnudarse, el caudal era menos que el día anterior. El sol miraba el mundo en su cenit. En el sauce los nombres de los dos amantes grabados en el corazón lloraban en silencio. Nada era igual para los ojos de Adolfo a pesar que nada ha cambiado.

Miró un rato en silencio todo el escenario que fue testigo del idilio más grande y que hoy ha expirado. Lloró recordando cada momento de felicidad, lloró hasta que las lágrimas se le agotaron. Se sentó recostándose en el sauce de sus amores y por mucho tiempo se mantuvo en silencio, luego saco la hoja y el lapicero del bolcillo de su casaca y escribió por un buen momento.

Dio las cinco de la tarde, era la hora de todos sus encuentros. No soportaba que Leonor no esté ahí, el dolor le consumía cada parte de su

alma. Sacó la pistola, dándose valor, tomo aire.

_ ¡Adiós vida mía, adiós mundo cruel! _Dijo a gran voz y se disparó en la sien.

_ inoooooooooooo! Gritó Leonor al escuchar el disparo. Estaba a cien metros para llegar.

Corrió a prisa por el prado y vio a Adolfo tendido en el suelo como un costal de huesos. La sangre chorreaba, el cuerpo se desangraba poco a poco.

_ ¡no amor, noooooo!_ llorando se tiró sobre el cuerpo del cadáver_ porque hiciste esto mi vida, ¡porque, porque, porque!. El grito se expandió por el horizonte formando eco.

Leonor había hecho lo posible por no ir con sus papás. Por quedarse al lado de Adolfo, había inventado muchas cosas, tantas que la noche anterior no durmió por hacer una lista de pretextos, pero ninguna convenció a su padre.

_Ya está decidido hija. No iremos hoy como quedamos, puesto que Alejandro quiere ir con nosotros y me ha pedido partir mañana al rayar el día.

Tenía en la mente proponer a Adolfo escaparse y pasar la vida juntos...

Vio el papel que aun sujetaba en la mano muerta, Adolfo. Se limpió las lágrimas y leyó.

“ADIOS VIDA... ADIOS AMOR”

Aquí frente al río testigo de nuestro amor

Te escribo lo que nunca vas a leer

Lo que nunca tus verdes ojos de mujer,

Repasaran las palabras hilvanadas de dolor.

Este pequeño espacio que Dios nos regaló

Guarda los mejores momentos de pasión

¡Fuiste mía, fui tuyo! El cielo nos miró

Con grandes ojos de eros y vendita ilusión.

El sauce que guarda nuestros nombres

Unidos para siempre en un corazón,

Será visitada y acariciada por muchos hombres

Amantes que llorarán a fuego de pasión.

Si algún día he de morir ha de ser hoy

No quiero caminar errante sin saber a dónde voy.

Te prometí amor mío ser tuyo nada más

Y violar el pacto con otra mujer, eso jamás...

Leonor volvió una y otra vez a leer, las lágrimas bañaban el papel.
Cogiendo la pistola que estaba muy cerca, dijo.

amor mío, vida mía; de ti nunca me apartaré. se disparó y sobre el
cuerpo muerto de Adolfo, cayó...